

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2000

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 18
2000

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica del Norte, Católica de Valparaíso, Central de Chile, de Concepción, de Chile, de Los Andes, del Mar, Diego Portales, Finis Terrae, de la República y de Valparaíso.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval", se llevó a cabo la impresión de esta obra.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. B. N. - 0170 - 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA

JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1999 - 2001)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés,
Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro
Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson
Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle
Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene
su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspon-
dencia puede ser dirigida a la casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

Este número del Anuario de *Filosofía Jurídica y Social* corresponde a 2000 y aparece a inicios del segundo semestre de 2001, año este último en que la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social cumple 20 años de existencia.

En efecto, nuestra Sociedad fue fundada el año 1981, en Valparaíso, y celebrará su vigésimo aniversario en el mes de diciembre de 2001, ocasión en la que contaremos con la presencia de Eugenio Bulygin, Presidente de la Asociación Internacional de Filosofía del Derecho y Filosofía Social, de la cual nuestra corporación es una de sus secciones nacionales a lo largo del mundo.

Por lo dicho previamente, el número próximo del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2001, el cual esperamos entregar en el primer semestre de 2002, será el número de aniversario de la sociedad, esto es, aquel que dará cuenta de nuestros 20 años de existencia.

En cuanto al presente número del Anuario, en él, luego de la habitual sección *Estudios*, se incluye una sección *Ponencias*. En esta sección se reproducen las ponencias que fueron presentadas en la IV Jornada Chilena de Filosofía del Derecho, que fue organizada por nuestra Sociedad y por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. La mencionada jornada fue convocada con el título "*El derecho en la perspectiva de los cambios culturales*".

ciones dirigidas al monarca, cuando se les abría la puerta que les estaba destinada, debían seguir un largo proceso de tipo burocrático que involucraba a varios secretarios y ayudantes.

Saramago nos quiere decir algo bien claro cuando sitúa al rey junto a la puerta de los obsequios y no al lado de la puerta de las peticiones.

Al situarse junto a la primera de esas puertas, el monarca ciertamente ganaba, puesto que así estaba en mejores condiciones de recibir, acariciar y guardar los obsequios que le eran traídos. Pero, a la vez, el rey perdía, y mucho, porque la tardanza en responder a las peticiones aumentaba el descontento y las protestas del pueblo, lo cual tenía efectos negativos en el flujo de los obsequios que eran llevados al monarca.

Utilizando esas imágenes de Saramago, al Estado y a los poderes públicos que lo conforman hay que sacarlos de la puerta de los obsequios —dejando posiblemente allí sólo al servicio encargado de recaudar los impuestos— y llevarlos a las puertas de las peticiones y las decisiones.

Es en la intersección que forman la puerta de las peticiones y la de las decisiones donde debe estar el Estado.

Por lo demás, cuando los pueblos consiguen ligar bien ambas puertas consiguen tener ese bien que se llama democracia.

Un bien, entre otras cosas, porque la democracia, con todas sus imperfecciones —que las tiene—, es lejos la forma de gobierno que mejor examen ha rendido históricamente en el reconocimiento, consagración y protección efectivas de los derechos humanos.

En consecuencia, quien dé valor a esos derechos continuará teniendo una muy buena razón para preferir la democracia como forma de gobierno de la sociedad.

P O N E N C I A S

SAMUEL P. HUNTINGTON Y EL NUEVO PARADIGMA CULTURAL

CRISTIAN E. MEDINA VALVERDE *

I. EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Samuel P. Huntington ha propuesto una de las claves de la evolución futura basado en el choque de civilizaciones, aunque en su primera presentación el profesor de Harvard, tal como antes hiciera Fukuyama, envolviera su idea con una prudente interrogante que, más adelante, sirvió para desafiar a que los demás formularan un paradigma mejor: *Si no civilizaciones, ¿qué?* ⁽¹⁾.

* Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor (c) en Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid, España. Miembro de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI), Profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile.

1. Huntington, S. P.: "The clash of civilizations?", *Foreign Affairs*, verano, 1993, pp. 22-49. Huntington, S. P.: "If not civilizations, What?", *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre, 1993, pp. 186-94. Fukuyama, Francis: "The End of History?", *The National Interest*, N° 16, verano, 1989; Fukuyama, Francis: "A reply to my critics", *The National Interest*, invierno 1989-1990; *The End of History and the last man*, 1991 (edición en español *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992). Véase también Barbé, Esther: *La teoría de las relaciones internacionales en la posguerra fría*, Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz, 1993, pp. 123-156.

La tesis de Huntington reposa en la afirmación de que la principal fuente de conflictos será en adelante cultural y que las tensiones principales, de alcance global, ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. Su afirmación más categórica sostiene que el choque de civilizaciones dominará la política mundial y las líneas de fractura entre civilizaciones serán las líneas de fricción del futuro, sea a nivel *micro* (cuando grupos adyacentes situados en las líneas de fractura se disputen el territorio), sea a nivel *macro* (cuando Estados de diferentes civilizaciones compitan por el poder militar y económico, el control de las instituciones internacionales y los terceros países y la promoción de sus particulares valores políticos y religiosos). Tiene, en consecuencia, más sentido agrupar a los Estados atendiendo a su adscripción cultural o, como indica, civilizatoria que a su sistema político y económico o a su grado de desarrollo. En caso de conflicto entre Estados de distintas civilizaciones, la movilización y las coaliciones serán posibles apelando a tal adscripción, más que a la ideología o al tradicional equilibrio del poder. Asimismo, es impensable que una integración regional económica tenga éxito a menos que sus integrantes respondan a una misma civilización.

Sobre estas bases, el profesor de Harvard define una civilización como la agrupación cultural más alta y el nivel más amplio de identidad de los seres humanos, fuera del que los distingue de las otras especies, enumerando entre sus elementos objetivos la lengua, la historia, la religión (que es lo más importante), las costumbres y las instituciones, a los que se añade el elemento subjetivo de la autoidentificación. Admitiendo que las civilizaciones son dinámicas, que se mezclan, solapan, subdividen, Huntington considera que las características de una civilización son menos mutables que las políticas o las económicas y sus diferencias son no sólo reales, sino fundamentales y muy arraigadas como resultado de un proceso multiseccular. Esas diferencias se proyectan sobre las opciones políticas en asuntos que van desde los derechos humanos a la inmigración, pasando por los del comercio o el medio ambiente.

En opinión de Huntington el futuro será configurado en gran medida por la interacción creciente de siete u ocho civilizaciones:

Occidental	Japonesa	Hindú	Latinoamericana
Confuciana	Islámica	Eslavo-Ortodoxa	Africa

El profesor de Harvard analiza someramente la confrontación entre las diferentes civilizaciones tratando de probar su continuidad histórica y absoluta actualidad, particular violencia —especialmente la del Islam— y tendencia a la escalada, lo que diferenciaría los conflictos *intercivilizatorios* de los *intracivilizatorios*. La próxima guerra mundial, si la hay, afirma categóricamente Huntington, será una *guerra entre civilizaciones*. Preparando el ambiente, nos sugiere sutilmente que esa guerra se libraría entre Occidente y los demás ⁽²⁾. Este aparece en la cima del poder militar y económico, domina las instituciones internacionales, que legitiman las acciones conformes con sus intereses, y es impensable un conflicto bélico en su seno; pero ha de enfrentar a los que están fuera de sus murallas, que cuentan con deseos, voluntad y más recursos para convertirse, de objetos, en sujetos de una historia que quieren acomodar a sus valores, desembarazándose de la preponderancia intelectual. La lucha por el poder militar, económico y por el control de las instituciones internacionales puede ser la primera fuente de conflicto. Luego, las mismas diferencias culturales, de valores básicos, pueden aportar la segunda. La civilización occidental ha influido en el resto del mundo pero, en una visión más profunda, se advierte cuán diferentes son los conceptos esenciales de las distintas civilizaciones y las reacciones que provoca el esfuerzo occidental para propagar sus valores como universales.

Huntington plantea las alternativas de los países no occidentales (del aislamiento de una sociedad internacional bajo dominación occi-

2. Huntington toma la expresión de Mahbubani, F.: que había titulado "*The West and the rest*" un artículo publicado en *The National Interest*, verano, 1992, pp. 1-

3. Ver también Mahbubani, F.: "*The Pacific War*", *Foreign Affairs*, enero-febrero, 1995.

dental, al alineamiento con Occidente —modernización y occidentalización—, o contra Occidente —modernización sin occidentalización), pronostica la desintegración de los Estados con importantes minorías de diferentes civilizaciones y señala escuetamente los problemas de identidad que sufren Turquía, México y Rusia.

La conclusión para Huntington es clara: a corto plazo interesa a Occidente:

- Promover una mayor cooperación y unidad entre sus miembros,
- incorporar a los países latinoamericanos y de la Europa oriental que le son culturalmente próximos,
- mantener relaciones cooperativas con Rusia y Japón,
- prevenir la escalada de conflictos locales intercivilizatorios,
- limitar la expansión del poder militar de los estados confucianos e islámicos y explotar sus diferencias y conflictos,
- moderar la reducción de la capacidad militar propia y mantener la superioridad de Occidente en Asia oriental y suroccidental,
- apoyar a los grupos de otras civilizaciones que simpatizan con los valores occidentales, y
- reforzar las instituciones internacionales que reflejan y legitiman sus intereses.

A más largo plazo, entiende Huntington que Occidente deberá encontrar un acomodo con las modernas civilizaciones no occidentales, cuya fuerza relativa en lo económico y militar aumentará; lo que significa mantener el poder necesario para proteger sus intereses y, al mismo tiempo, desarrollar un conocimiento más profundo de los principios religiosos y filosóficos de los otros, buscando puntos comunes. En un futuro razonable no habrá una civilización universal, sino un mundo de diferentes civilizaciones que habrá de aprender a coexistir, concluye el académico.

II. CRITICAS AL PARADIGMA

Sobre los postulados del profesor de Harvard han caído muchas críticas, con acierto y extensión suficiente (*). El paradigma huntingtoniano puede ser objetado, comenzando por la noción, número, identificación y localización de las civilizaciones (*). Con todo, salta a la vista que Huntington es notablemente superficial, arbitrario y simplificador y, en algunos casos, contradictorio. A unos los hace tributarios de la

3. Vr. gr. el número de septiembre-octubre de 1993 de *Foreign Affairs*, que sigue a la publicación del artículo de nuestro autor, incluye comentarios de Ajami, F.: *The summoning*; Mahbubani, K.: *The dangers of decadence*; Bartley, R.L.: *The case for optimism*; Binyan, L.: *Civilizations grafting*; Kirkpatrick, J.J.: *The modernizing imperative*; Weeks, A.L.: *Do civilizations hold?*; Piel, G.: *The west is the best*. Por su parte, la *Revista Foreign Policy*, en un número de 1994 incluyó trabajos de Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Challenging Huntington*. Coulombis, T. A. y Veremis, T.: *In search of new barbarian: Samuel P. Huntington and the clash of civilizations, Mediterranean Quarterly*, 1994, pp. 36-44. *Política Exterior* publicó los trabajos de Karlsson, I.: *El choque de civilizaciones: un escenario realista*, N° 40, pp. 160-170; de Ojeda, J.: *¿Guerra de las civilizaciones? Crítica a las tesis de Huntington*, N° 42, 1994-1995, pp. 162-172; Alonso Zaldívar, Carlos: *A propósito de Confucio*, N° 44, 1995, pp. 184-199. Existe otro artículo de Menéndez del Valle, Emilio: *Civilización: Seguridad y cooperación*, *Revista Española de Defensa*, febrero, 1995, N° 84, pp. 38-41.

En cuanto a prensa, véase *El País* (España) 6 de agosto de 1994, p. 9. *El País*, 31 de agosto de 1994, p. 9. *El País*, 9 de septiembre de 1994, p. 13.

4. Según Coulombis, T. A. y Veremis, T.: *Op. Cit.*, el artículo de Huntington tiene simplificaciones, generalizaciones, y una presentación selectiva de los hechos y erróneas interpretaciones históricas, Huntington se habría desplazado de sus posiciones previas vinculadas al realismo tradicional presentadas en su trabajo *America's changing strategic interest*, *Survival*, enero-febrero, 1991, N° 33. Ahí señalaba que los intereses prioritarios de los Estados Unidos en la posguerra fría eran:

1. Mantener a los Estados Unidos como primera potencia mundial,
2. prevenir la emergencia de un poder político-militar hegemónico en Eurasia,

y

3. proteger intereses americanos concretos en el Tercer Mundo, especialmente en el Golfo Pérsico y en América Central.

Más que una rectificación de los planteamientos previos lo que hace Huntington es un ensamblamiento sutil de tales intereses, que pasan a identificarse con los intereses de Occidente. Remitimos a Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *op. cit.* 1993.

filosofía y de la religión, a otros de la geografía, incluso de la raza. Hay en su lista ausencias notables (como la civilización judaica) ⁽⁵⁾. Incluso los cortes resultan caprichosos: Huntington separa a los latinoamericanos —no incluye a la población aborigen— de los occidentales por consideraciones socioeconómicas; asimismo afirma la eslavidad ortodoxa, a pesar de su dependencia de un liderazgo, el de Rusia, que parece batallar también por la occidentalidad. Hay entonces una notable superficialidad en su planteamiento y un cierto olvido de trabajos especializados que deberían haber inspirado a nuestro autor.

Dada la complejidad y el mestizaje que son frutos de la historia, cabe suponer que cualquier formulación alternativa presentaría también puntos débiles, pero dudamos que haya otra menos defendible que la que comentamos.

Al respecto Ajami afirma que:

"(...) Huntington ha encontrado sus civilizaciones enteras e intactas, estancas bajo un cielo eterno" ⁽⁶⁾.

Por su parte, otro autor precisa que:

"En realidad lo que está haciendo Huntington es un ejercicio de inducción: reconoce en el mundo una serie de grupos políticos distinguidos por la influencia que ejercen, sea por su política, su economía, sus armas o su demografía y atribuye a estos grupos la entidad cultural que le sirva para definirlos como "civilizaciones". De ahí a atribuir después a su diferente cultura los conflictos que puedan darse entre ellas no hay más que un paso, tan lógico como falaz..." ⁽⁷⁾.

Dicho esto, nuestro análisis puede partir de la premisa de Huntington: en efecto, en el mundo actual existen varias civilizaciones, sean cuales sean las discrepancias que originan su concreción.

5. Huntington, S. P.: nota 1, p. 31.

6. Ajami, E.: *Op. Cit.*, p. 2.

7. De Ojeda, J.: *Op. Cit.*, pp. 162-163.

Los elementos o factores que acaban configurando la civilización según Huntington influyen, desde luego, en la ordenación del mundo, en las relaciones de los grupos humanos organizados políticamente. Es obvio y, por lo tanto, no se descubre nada al constatarlo. La afinidad civilizatoria favorece la cooperación, limita el alcance de las disputas y el recurso a la fuerza, permite una comunicación más fluida y métodos pacíficos de solución; la diferencia civilizatoria tiende a lo contrario.

Pero no sólo hay que rechazar todo determinismo, sino también un papel central para la civilización en el rumbo de los acontecimientos que están perfilando la sociedad internacional del siglo XXI. Ese papel ha crecido, ciertamente, en los últimos años, al ocupar en parte el vacío dejado por el desplome ideológico; no hasta el punto, sin embargo de apabullar otros elementos —como los geopolíticos, los económicos o los de índole predominantemente nacional— que se han mostrado muy decisivos cuando la sociedad se articula sobre Estados soberanos e independientes: sus intereses sobre el territorio, la disposición de recursos y todo lo que se relaciona con su supervivencia y seguridad se alimenta de consideraciones que, a menudo, no sólo ignoran el factor civilización, sino que incluso lo violentan. Son, al decir de un estudioso del tema *afinidades y diferencias culturales* ⁽⁸⁾.

Entretanto Rubenstein y Crocker agregan que:

"(...) pueden ser la base de una movilización política masiva, pero sólo como respuesta a factores exógenos que (Huntington) no ha considerado" ⁽⁹⁾.

Como sea, estos autores dan cuenta sobre las condiciones requeridas para que la cultura pueda jugar como factor de movilización política.

8. Weeks, A.L.: *Op. Cit.*, p. 25.

9. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 117 y p. 126.

Huntington presenta la *Guerra del Golfo* como manifestación de conflicto intercivilizatorio entre Occidente y el Islam; pero considerando que el país invadido por Iraq fue Kuwait, así como la nómina de países islámicos adheridos a la coalición antiraquí y la condena de Sadam Hussein por importantes autoridades del Islam, resulta difícil mantener dicha etiqueta en la que, significativamente, el profesor de Harvard coincide con Bagdad, porque desde las antípodas políticas ambos desean justificar la confrontación en términos *civilizatorios*. La *Guerra del Golfo*, creemos, tuvo que ver más bien con el control del oro líquido en el Pérsico, y con la (auto)afirmación de que los guardianes de la zona, más fiables para los intereses de los países desarrollados eran los Estados Unidos. Huntington reduce solapadamente el Islam para identificarlo con quienes, en los países islámicos, lo alegan al servicio de la confrontación con los países occidentales y sus aliados ⁽¹⁰⁾.

Ese es también el *fundamentalismo islámico* que agita a la opinión pública ⁽¹¹⁾. En realidad el Islam no es, ni religiosa ni políticamente, una unidad y sugerir una avalancha *morisca* sobre occidente, desde el Magreb a Paquistán, es demasiado temerario e irrealizable ⁽¹²⁾. Una revolución pan-islámica a imagen y semejanza de la iraní es poco probable, y así lo ha advertido Ajami al afirmar que:

"Al sueño de una revolución pan-islámica a la imagen de Irán se lo ha llevado el viento" ⁽¹³⁾.

Ni siquiera al desintegrarse la Unión Soviética ha sido capaz el Islam de aglutinar en una federación a las antiguas repúblicas del Asia central; el credo islámico es, ciertamente, uno de los factores presentes

10. Huntington, S. P.: nota 1, p. 32.

11. Kirkpatrick, J. J.: *Op. Cit.*, p. 23.

12. Horrie, Chris y Chippindale, Peter: *¿Qué es el Islam?*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

13. Ajami, F.: *Op. Cit.*, p. 4.

en sus luchas, pero la etnia, la nacionalidad, ha sido el predominante.

En la réplica a sus críticos menciona Huntington, para avalar su tesis, hasta dieciocho conflictos de naturaleza intercivilizatorio ocurridos en los pocos meses transcurridos desde la redacción de su primer artículo ⁽¹⁴⁾. Ahora bien, el que en ellos estén implicadas partes que pertenecen a diferentes civilizaciones no permite definir un conflicto como intercivilizatorio. Junto a la lista de Huntington —que se puede explicar también acudiendo a otras causalidades— podría exponerse otra no menos larga con conflictos *intracivilizatorios* no menos duros ⁽¹⁵⁾. El factor nacional sigue siendo para nosotros el más importante, incluso en los casos en que las partes se encuentran en la línea de fractura de las civilizaciones ⁽¹⁶⁾.

Las diferencias de civilización pueden ser causa de conflicto en las relaciones internacionales, desde luego, cuando las partes se apegan radicalmente a sus particulares criterios más allá del ámbito natural en que lógicamente pueden exigir su respeto.

Por lo demás, la historia de las relaciones internacionales revela, sin embargo, que la civilización (la religión, en particular) ha sido frecuentemente utilizada —al igual que la ideología— como coartada o recurso legitimador de acciones de poder realmente motivadas por intereses geopolíticos ⁽¹⁷⁾. En prospectiva el profesor de Harvard no sostiene literalmente una clasificación jerarquizada de grupos humanos atendiendo a criterios civilizatorios, pero llega a consecuencias muy similares a las anteriormente apuntadas. Nuestro autor, en efecto, presenta

14. Karlsson, I.: *Op. Cit.*, pp. 161-164.

15. Vr. gr. hutus y tutsis exterminándose en Ruanda; Ecuador y Perú hostigándose en su frontera no demarcada de la cordillera del Cóndor; Grecia negando hasta los derechos de bautismo a Macedonia, por mencionar algunos.

16. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, pp. 121-123.

17. Attina, F.: *La politica internazionale contemporanea (1945-1980)*, Milán, Franco Angeli, 1983. Zörgbibe, Ch.: *Historia de las Relaciones Internacionales*, Alianza, Madrid, 1997, 2 vols.. Tortosa, J. M.: *Sociología del sistema mundial*, Tecnos, Madrid, 1992.

por igual un grupo de civilizaciones; incluso las no occidentales pueden sentirse halagadas por el escenario en el que tensan sus fuerzas, por el poder y el pronóstico de un éxito posible (18).

Pero aunque Huntington nos hable de la búsqueda de puntos de coincidencia y de aprender a coexistir, lo cierto es que contempla a esas civilizaciones, en el mejor de los casos, como aliados del objetivo estratégico de la civilización occidental que es garantizar su supremacía (19).

En este punto de Ojeda sentencia que:

"(...) su discurso adolece de un eurocentrismo que sorprende en una tesis de enfoque tan universal" (20).

El modelo de Huntington da por supuesto que la supremacía occidental es lo que así debe ser y, seguramente, toda justificación es innecesaria para quienes contemplan el mundo desde ese mismo lado. Probablemente no haya que justificar lo que se impone; sin embargo, un orden impuesto a una mayoría de Estados y habitantes no es la mejor visión del mundo por construir. Es ese espíritu —el complejo de superioridad subyacente en la construcción de Huntington— el que explica su insensibilidad frente a las causas por las cuales aquellos que se sienten perjudicados por la actual distribución de poder en el mundo podrían acabar aliándose bajo banderas civilizatorias, ahora que las de la ideología política se han replegado (21). *Civilización*, sirve, en este caso, como convencionalismo para expresar con retórica razonable objetivos políticos, sociales y económicos que tienen que ver más con la distribución del poder y la riqueza que con diferencias de civilización propiamente dichas.

18. Rubenstein, E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 114.

19. Huntington, S. P.: nota 1, p. 49.

20. de Ojeda, J.: *Op. Cit.* p. 164.

21. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 123-124; de Ojeda, J.: *Op. Cit.*, p. 166.

Dadas las diferencias fundamentales que percibe entre civilizaciones, no hace un esfuerzo real por situar la defensa de los valores occidentales en su universalidad, es decir en su común pertenencia a todas las civilizaciones vivas; ni siquiera lo hace para sostener su capacidad de articulación (22). La idea de que es posible *modernizar* un país sin, necesariamente, *occidentalizarlo*, que él mismo cree ver satisfecha por Japón, podría haberle llevado por un camino más constructivo. No ha sido así. Ha de tenerse en cuenta el descreimiento de Huntington acerca de la implantación de regímenes democráticos fuera del cristianismo; lo que, tratándose del Islam, no parece disgustarle, habida cuenta de su observación de que la democracia occidental aplicada en el mundo árabe no hace sino reforzar las fuerzas antioccidentales (23). Aquí realmente confunde cultura y política.

El profesor Ajami, por ejemplo, advierte la presencia monolítica que Huntington hace de un Occidente que pasa sin examen, sin fisuras, ordenado en sus baluartes, sin prestar atención a su propio multiculturalismo (24).

El paradigma huntingtiano es, entonces, un madero al cual aferrarse para quienes en *Occidente* iban buscando desde 1990 un enemigo para justificar su mensaje (25).

En este punto Rubenstein y Crocker consideran novedoso el pesimismo, dado el triunfo doctrinal que siguió al fin de la guerra fría, pero no el paradigma: el consejo de Huntington sigue firmemente anclado en el modelo de la lucha de poder ya que Occidente es una cons-

22. Huntington, S. P.: nota 1, pp. 40-41.

23. *Ibidem*, p. 32. Del mismo autor, *Political order in changing societies*, New Haven, 1968 y *The third wave: Democratization in the late twentieth century*, Oklahoma, 1991. Basándose en este último trabajo Huntington publicó "How countries democratize", *Political Science Quarterly*, 1991-1992, vol. 106, Nº 4, pp. 579-616.

24. Ajami, F.: *Op. Cit.*, p. 3.

25. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 115-116. Martí Font, J. M.: *El día que acabó el siglo XX*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1999.

trucción ideológica (26). Sobre el pesimismo de Huntington, que se advierte también en otros autores, y que se estima injustificado, Maynes ha dicho que:

"Con la Unión Soviética acabada, muchos se sienten incómodos sin un enemigo. La búsqueda de uno está, pues, abierta (...) Pocos artículos han sido tan calurosamente recibidos en el Pentágono (refiriéndose a Huntington)" (27).

Recordemos que invocando —en falso— nuestra civilización, la cristiana devenida *occidental*, se han cometido tantos desmanes, desde los orígenes de la actual sociedad internacional en el siglo XVI hasta nuestros días, que su retorno como estandarte de conservación de la hegemonía del grupo de países capitalistas desarrollados de Europa y de América del Norte sólo puede ser vista como una amenaza para aquellos que se resisten a aceptarlo (28).

Huntington parece, por otro lado, empeñado en presentar negativamente al Islam; pero si desarrollara coherentemente sus premisas debería hablar igualmente de un frente occidental-islámico teniendo en cuenta las relaciones privilegiadas de Estados Unidos con Arabia Saudí, los petroemiratos del Golfo, Egipto, Marruecos, Túnez e Indonesia (29). Y también de un vínculo islámico-cristiano-vaticanista, si se atiende al frente común, contrario a la política de natalidad auspiciada

26. Veiga, Francisco; Da Cal, Enrique; Duarte, Angel: *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría. 1941-1991*, Alianza Universidad, Madrid, 1997. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 126.

27. Maynes, Ch. W.: "The new pessimism", *Foreign Policy*, otoño, 1995, p. 39.

28. Ajami, F.: *Op. Cit.*, p. 3-4 habla sobre la extraña mezcla de atracción y repulsión que genera Occidente; Bartley, R.L.: *Op. Cit.*, pp. 15-16; de Ojeda, J.: *Op. Cit.*, 166. Sobre Irán, el islamismo y la democracia liberal véase Sabet, A.: Islam, "Iran and the western discourse: behind the veil", *The Iranian journal of international affairs*, primavera-verano, 1994, pp. 60-90.

29. Mahbubani, K.: *Op. Cit.*, p. 12-13.

por las Naciones Unidas, visible en la reciente Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo.

Huntington convierte su reflexión en una trinchera política cuando, junto a Krauthammer, califica de emergentes *Estados-bomba* a los países que osan desafiar los valores, intereses y poder de Occidente. El altísimo y cualificado nivel de armamento del hasta ahora llamado *mundo libre* y el uso generoso que ha hecho de él en los últimos cincuenta años aconsejan un cierto matiz a la expresión.

Por último, aunque no menos importante, el llamado choque de civilizaciones no es una representación exclusiva de la sociedad internacional. Incluso puede decirse que no es ese su primer y más importante escenario. El debate sobre multiculturalismo se ha hecho —y se hace— también dentro del Estado, de la región, del municipio, y en los países desarrollados está hoy vigente como consecuencia de los imparables flujos migratorios que se originan en la frontera más deprimida (30). Hay Islam en Occidente —como hay Occidente en el mundo islámico—. De aplicar la receta sugerida por Huntington a corto plazo, todos ellos acabarían desarrollando políticas de limpieza étnica bajo regímenes xenófobo-racistas legitimados por la voluntad popular.

Esta dimensión estaba lógicamente ausente en el primer artículo de Huntington, pero en la réplica a sus críticos, ha hecho una referencia a *América* (EE.UU., naturalmente) que ha de aplaudir la minoría estereotipada *wasp* (*white-anglosaxon-protestant*), pero no seguramente la mitad *no blanca* de la población.

La unidad de los Estados Unidos, dice el intelectual, se ha forjado con la cultura europea y la democracia política. Las demandas del multiculturalismo y de derechos especiales para las minorías fomentan el choque de civilizaciones y si la desoccidentalización supone la *desamericanización* de los Estados Unidos, éstos dejarán de existir tal como los hemos conocido y seguirán a la otra superpotencia ideológicamente de-

30. Así, por ejemplo, la población hispana se ha duplicado en los EE.UU. en los últimos veinte años. Mientras en 1980 el porcentaje de latinos en edad de votar era de 5,2 por ciento (8,2 millones), actualmente se estima que esta minoría ocupa 10,2 por ciento (20,9 millones) de la población norteamericana de mayores de 18 años.

finida (URSS) al cementerio de la historia ⁽³¹⁾. Entre la asimilación pura y la segregación —y expulsión— con los mismos epítetos, entre el multiculturalismo desintegrador y el monoculturalismo vertical, entre el reparto de un país por cuotas y el botín de los numerosos y fuertes, cabe buscar seguramente la integración y la cohesión partiendo del pluralismo y de una protección de las minorías, territoriales y no territoriales, comparable con la igualdad y la libertad individuales.

III. CONCLUSION

La visión de Huntington es altamente fraccionaria y desestabilizadora, empuja a la formación de bloques atraídos por la fuerza y hace del orden mundial un concepto precario, vinculado a la tregua más que a la paz, más a la secta que a la humanidad. Las diferencias de civilización no significa necesariamente conflicto, ni el conflicto violencia, concede Huntington, sólo para el escaparate, que presenta como un hecho establecido, de que a lo largo de los siglos tales diferencias han generado los más prolongados y violentos conflictos, una afirmación que históricamente no se tiene en pie ⁽³²⁾. La premisa central de Huntington, advierten Couloumbis y Veremis, levanta imágenes de zonas sísmicas donde unas regiones civilizatorias chocan telúricamente con otras en una creciente frecuencia hasta culminar en la profecía de la guerra mundial de las civilizaciones ⁽³³⁾.

31. Huntington, S. P.: "If not civilizations, What?", *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre, 1993, p. 190. Sobre el problemático futuro al respecto de los Estados Unidos, el autor parece influido por el trabajo de B.D. Porter, que cita, quien publicó "Can America democracy survive?", *Commentary*, noviembre, 1993, pp. 37-40, mientras preparaba su réplica. Entre los críticos de Huntington el efecto sobre los propios Estados Unidos, del choque de civilizaciones, es planteado por Couloumbis, T. A. y Veremis, T.: *Op. Cit.*, p. 43.

32. Huntington, S. P.: nota 1, p. 25. Entretanto, Kirkpatrick, J.J.: *Op. Cit.*, p. 23, señala que los conflictos más violentos han ocurrido dentro de las mismas civilizaciones.

33. Couloumbis, T. A. y Veremis, T.: *Op. Cit.*, p. 39.

Aunque el mundo sea el que es y no el que se desea, toda construcción modélica, junto a la explicación mejor de la realidad, debe ofrecer una salida hacia el futuro que permita reconducirla, no pegarse a ella, si las cosas van bien, o anunciar el apocalipsis, si van mal. Tan pronto como uno reconoce, dicen Rubenstein y Crocker, que los conflictos sociales destructivos son el resultado de la insatisfacción de necesidades básicas —necesidades comunes a todos los seres humanos, cualquiera sea su herencia cultural— la cuestión de las causas y de la solución de los conflictos pueden ser desmitificadas y contestadas. ¿Por qué, a menos que tales necesidades se vean frustradas tendrían que luchar entre sí los miembros de diferentes civilizaciones? ⁽³⁴⁾.

34. Rubenstein, R. E. y Crocker, J.: *Op. Cit.*, p. 125, y pp. 127-128.